

III. El crecimiento de la desigualdad

Globalización y sociedad dual

Los contactos entre pueblos y culturas han supuesto una constante creciente de la historia de la humanidad. El estadio actual de este movimiento continuo es lo que llamamos globalización. Estamos asistiendo obviamente a una fase de aceleración, pero la tendencia y su incremento provienen de muy atrás. En efecto, la internacionalización de la economía comenzó a gestarse en las ciudades mercantiles europeas durante la Baja Edad Media. Y podemos considerar que Amsterdam fue, en el siglo XVII, el primer mercado mundial de una economía que comenzaba a definir los perfiles de lo que hoy llamamos globalización o mundialización económica, cuya característica más importante en la actualidad parece ser el lento, complejo y desigual proceso formativo de tres grandes polos económico-políticos que podrían dominar la historia mundial en los próximos tiempos: Europa Occidental, Asia Oriental y América Septentrional. Ya hoy cuatro quintas partes de las exportaciones mundiales provienen de estos tres polos regionales, y durante la década de los 90 su participación en el PIB mundial ha continuado incrementándose, pasando del 74 al 78 por ciento²⁷.

El estadio actual del proceso de globalización muestra el absoluto dominio de una única visión del mundo o, más concretamente, de la economía: la neoliberal. Conviene hablar, en consecuencia, de globalización neoliberal, más que de globalización a secas, proceso éste con varios siglos de antigüedad. Y esta globalización neoli-

La desigualdad y la miseria no dejan de acrecentarse, hasta el punto de que 36,5 millones de personas mueren cada año por falta de alimentos

27. Ugo Pipitone, *Reflexiones sobre un presente acelerado*, La Catarata, Madrid, 2000.

Ninguna de las restricciones importantes que afecten a la política económica y social de los países ricos proviene del exterior

beral destaca por una clara característica: un incremento de las desigualdades entre países o regiones como nunca se había conocido. “A grandes rasgos y de manera sintética, puede decirse que la relación entre la renta per cápita de la nación industrial más rica, Suiza, pongamos por caso, y la del país no industrializado más pobre, Mozambique, es de 400 a 1. Hace doscientos cincuenta años, esta relación entre la nación más rica y la más pobre era quizás de 5 a 1, y la diferencia entre Europa y, por ejemplo, el Este o el Sur de Asia –China o India– giraba en torno a 1,5 ó 2 a 1”²⁸.

Los datos que avalan esta característica del actual estadio de la mundialización económica se han repetido muchas veces, no obstante, conviene tenerlos siempre presentes: comparando las rentas del 20 por ciento más rico de la población mundial –entre los que nos encontramos– con el 20 por ciento más pobre, en 1960 la relación era ya de 30 a 1; en 1990 de 59 a 1 y en 1997, de 74 a 1. Y según el último Informe que acaba de publicar el Banco Mundial, más de 2.800 millones de seres humanos –casi la mitad de la población mundial– viven con menos de 2 dólares de renta al día, y más de 1.200 millones, con menos de 1 dólar diario. La desigualdad y la miseria no dejan de acrecentarse, hasta el punto de que 36,5 millones de personas –una población casi igual a la española– mueren cada año por falta de alimentos. Este proceso es paralelo, además, a la disminución de la Ayuda Oficial al Desarrollo de los países de la OCDE en la pasada década, que continuó alejándose del escuálido 0,7% que se proponía hasta el 0,24%.

Por tanto, puede decirse que, junto a la crisis ecológica global, el gran desafío y la gran amenaza de la humanidad en este siglo que comienza es el abismo de riqueza y salud que media entre ricos y pobres. Nuestra tarea no puede ser otra que tratar de ayudar a los pobres a adquirir la prosperidad que les permita una vida mínimamente digna. Y en interés nuestro tanto como en el suyo, puesto que si no pueden obtener ingresos exportando mercancías o materias primas, tendrán que exportar personas. Decía un proverbio romano: *pecunia non olet*, el dinero no huele. Sin embargo, el dinero sí huele, hasta el punto de que su olor atrae a personas de cerca y de lejos. Dicho en pocas palabras, la riqueza constituye un imán irresistible y la pobreza es un contaminante muy peligroso, de modo que nuestra paz y prosperidad dependen a largo plazo del bienestar de los demás.

28. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Crítica, Barcelona, 1999.

Ahora bien, esta enorme desigualdad que distingue a la expansión económica neoliberal en las dos últimas décadas no caracteriza sólo

a las relaciones entre países, sino también a las diferencias entre las clases sociales en el interior de los países, cuya distancia se incrementó notablemente en los últimos tiempos, tanto en los países ricos –de los que EE UU es el paradigma de la desigualdad– como en los pobres. Y han sido demasiadas las ocasiones en las que este crecimiento de la desigualdad que genera la desregulación económica del último capitalismo se atribuye a las ‘obligadas’ consecuencias de la globalización. No es cierto. “Ninguna de las restricciones importantes que afecten a la política económica y social de los países ricos proviene del exterior. Tenemos los recursos para cuidar mucho mejor de nuestros pobres y desafortunados de lo que lo estamos haciendo; si nuestras políticas han ido perdiendo vigor de forma creciente, ésta es una elección de carácter político, no algo que nos venga impuesto por fuerzas anónimas. No podemos eludir la responsabilidad de nuestras acciones, pretendiendo que los mercados globales lo hagan por nosotros”²⁹.

La movilidad aparece como una característica clave de este mundo económicamente globalizado y desigual del que hablamos. La movilidad, tanto en el mercado de capitales como en el de bienes y servicios, se está multiplicando exponencialmente cada año. Con menor intensidad, y con mayores restricciones, la libertad de movimientos en el comercio internacional de bienes y servicios, es también una tendencia innegable. Bien podemos decir que, entre todos los factores y recursos, el único que permanece verdaderamente ‘nacional’ es el trabajo, que la única movilidad que no se alienta es la de las personas. Sin embargo, esa movilidad está destinada a imponerse, por muchas alambradas que se traten de levantar en las fronteras. Las migraciones serán un fenómeno creciente en este siglo que comienza. Y en el Norte serán alentadas por nuestras propias necesidades y por las de un sistema económico que demanda cada vez más esa movilidad de la fuerza de trabajo. “En efecto, la actitud de desprecio o de miedo respecto de quienes pertenecen a otros grupos definidos por criterios genéticos (como el color de la piel) o por criterios sociales (pertenencia religiosa, modelos culturales, preferencia lingüística), que es lo que caracteriza la xenofobia, choca de lleno con las necesidades económicas de explotación de la fuerza de trabajo”³⁰.

La feminización de la pobreza

Dentro de esa desigualdad a la que nos estamos refiriendo, el colectivo humano sobre el que han recaído las peores consecuencias es, sin duda, el de las mujeres. Ellas han sido las principales damnifi-

Las mujeres han sido las principales damnificadas por la globalización, se habla ya de ‘feminización de la pobreza’

29. Paul Krugman, *El teórico accidental*, Crítica, Barcelona, 1999.

30. Francisco Fernández Buey, *La barbarie*, Paidós, Barcelona, 1995.

*Las mujeres
inmigradas
ocuparán el
último
escalafón: el
servicio
doméstico,
cuando no la
prostitución*

cadadas por la globalización, hasta el punto de que se habla de una *feminización de la pobreza* a nivel mundial. Y, en consecuencia, las mujeres son un componente fundamental en los movimientos migratorios hoy en día, también de los que fluyen del Sur al Norte.

En contra de lo que algunos piensan, la emigración hacia los países ricos no es una cuestión básicamente masculina. “A principios de 1999, de los 190.643 permisos de trabajo a extranjeros que había vigentes en España, 69.756 (el 36,6%) estaban concedidos a mujeres. Si vamos a las cifras globales de residentes extranjeros, encontramos que casi la mitad (48,8%) son mujeres. Y si nos referimos sólo a los extracomunitarios, podemos señalar que, dependiendo de la procedencia, se registran variaciones significativas en la proporción de mujeres: de los residentes africanos son mujeres el 32,19%, mientras que de los latinoamericanos lo son el 65,54%. En cuanto a sectores de actividad, las mujeres inmigradas trabajan mayoritariamente en el servicio doméstico, como lo demuestra el hecho de que los países que dan un porcentaje más alto de mujeres –Perú, República Dominicana y Filipinas–, también dan un alto porcentaje de permisos de trabajo para el sector servicios. Este es un sector que la sociedad española deja gustosamente en manos de la inmigración extranjera, y que, por otra parte, ocupa un lugar cada vez más destacado en la distribución por sectores de los permisos de trabajo a extranjeros”³¹.

Las mujeres inmigradas sufren, como tantas veces, unas dificultades aún mayores que los hombres. En muchas ocasiones, son obligadas a soportar situaciones conyugales inaceptables debido a los condicionamientos legales imperantes. En nuestro país existe una figura legal insólita en un Estado de derecho: el permiso de residencia sin trabajo. Se les permite la residencia en España, pero no pueden ganarse la vida con su trabajo; se les niega el derecho al trabajo y, por lo tanto, se les niega el derecho al divorcio. Arrastran, además, la desigualdad de género proveniente de sus países de origen. Mientras en los países ricos las mujeres se han ido equiparando a los hombres en los terrenos social, laboral y político –aunque la plena equiparación aún esté lejana–, en los países de la periferia capitalista –y especialmente en los países de los que recibimos inmigración– el proceso ha sido diferente: la crisis de las últimas décadas ha recaído más sobre las mujeres que sobre los hombres, en un proceso, al que nos hemos referido, que se ha denominado *feminización de la pobreza*.

Pues bien, lo que se espera de la mujer inmigrada es que reproduz-

31. Miguel Pajares, *La inmigración en España*, Icaria, Barcelona, 1999. Este libro ha sido utilizado con profusión en este texto, es la fuente documental con la que los redactores tenemos nuestra mayor deuda, y el libro que más recomendamos para tener una visión de conjunto del fenómeno de la inmigración en nuestro país.

ca aquí ese mismo estatus que tiene en su país: el sistema económico mundial reserva a las mujeres del Tercer Mundo un lugar inferior en la economía que se reproduce después en la migración. En otras palabras, las cambia de lugar pero no de estatus socio-laboral, de forma que si la población inmigrada se ve abocada a los trabajos de menor nivel y menor remuneración, dentro de esa misma población son las mujeres las que ocuparán el último escalafón: el servicio doméstico –cuando no la prostitución–.

África: la emancipación pendiente

La desigualdad del mundo actual alcanza su climax en un continente que ha quedado prácticamente al margen del desarrollo: África. La pobreza, la enfermedad, la desintegración social y la crisis política están arrasando el África negra. Bien puede decirse que África debe considerarse hoy el problema por excelencia de la humanidad, y que la más mínima consciencia de especie nos obliga a abordar esta cuestión. Sobre todo, cuando la responsabilidad de los europeos durante varias centurias es indudable. Aunque ello no debe servir, como ocurre en muchas ocasiones, para simplificar el asunto y convertirlo en un arquetipo ideológico vacío de contenido. El lugar común de que el imperialismo es una invención y un monopolio occidentales impuestos a pueblos no europeos es falso. Sí es cierto, sin embargo, que la situación de la mayoría de los países del África negra es hoy peor que cuando se produjo la independencia. Y esa situación no puede achacarse exclusivamente al dominio occidental de la economía mundial: los gobiernos de las autocracias africanas han sido invariablemente ineficaces, salvo en lo que concierne a expoliar sus propios países. En África, los más ricos son siempre los jefes de estado y sus ministros. La economía se ha esquilmo para arrebatarse los superavit y gran parte de la ayuda extranjera acaba en cuentas numeradas en el extranjero. Las responsabilidades en el interior del continente son innegables, y minimizarlas con el fin de culpabilizar sólo a la explotación neocolonial ha constituido un flaco favor a los africanos y a sus posibilidades de desarrollo.

Tampoco se trata, obviamente, de ignorar el colonialismo europeo en el África negra, que tuvo unas connotaciones sustancialmente diferentes al ejercido en otros territorios³². A partir de la Conferencia de Berlín –convocada en 1884 por Bismarck– Europa consagró África como un continente virgen, ajeno a la civilización y, por ello mismo, encarnación de un ideal de ingenuidad y de pureza. Se emprende entonces una ocultación sistemática de la historia

África debe considerarse hoy el problema por excelencia de la humanidad

32. A partir de aquí, este apartado es prácticamente un resumen de un capítulo del libro de José María Ridaó, *Contra la historia*, Seix Barral, Barcelona, 2000.

de África, haciendo tabla rasa de las noticias y evidencias anteriores al siglo XIX. La imagen de todo un continente se establece entonces no en virtud de lo que se conoce, sino de lo que queda por conocer. No en función de la riqueza y el cosmopolitismo de ciudades como Luanda, Benguela o Lourenço Marqués, sino del misterio que envuelve las fuentes del Nilo o la densidad inexpugnable de las selvas del trópico.

Con ello no sólo se legitimaba el nuevo reparto colonial del siglo XIX, sino que se establecía una minoría de edad internacional para África y los africanos, una situación jurídica que, como la de los niños en el derecho civil, exigía la tutela desinteresada de pueblos maduros y con una larga tradición e historia a sus espaldas. Al final, y debido al rigor con que el colonizador separa al nativo de las tareas de gestión y de gobierno, a la precaución y recelo con que administra su formación en las disciplinas propias del hombre blanco, la realidad terminará por parecerse a la imagen de partida, y África estará más cerca de ese supuesto vacío cultural después, y no antes, de que la misión civilizadora haya tratado de ponerle remedio. Se establece así un círculo vicioso: puesto que la terapia es en realidad la causante del mal pero el civilizado no duda jamás de sus virtudes, allá donde vea el mal aplicará la terapia, reproduciendo el mal, de modo que cada vez la situación será más grave y mayor, por tanto, la necesidad de terapia.

Esta situación entrevera el momento de la descolonización. Se produce así la paradoja de que, no ya las potencias dominadoras, sino también los antiguos colonizados –y en particular las nuevas minorías dirigentes– empiezan a interpretar la realidad africana con los conceptos del colonizador, como si la misión civilizadora hubiera conseguido pese a todo sus propósitos. Surgen entonces unos nacionalismos africanos que toman como base unas fronteras arbitrarias y unos grupos humanos perfectamente heterogéneos, resultado de las divisiones heredadas de la Conferencia de Berlín y la empresa colonial. Sobre estas supuestas naciones parecen erigirse además unos Estados, esto es, unas estructuras políticas que imitan una vez más las del colonizador, pero que no sustituyen ni integran las estructuras de los poderes tribales subyacentes. Es así como se va consolidando desde la independencia una especie de África virtual, un África que sólo existe para sus gobiernos y para los restantes miembros de Naciones Unidas.

Por lo que se refiere al mito de la soberanía política de África, será la guerra fría la que desempeñe un papel esencial si no en su for-

*La exclusiva
responsabilidad
del colonialismo
en la situación
de África es
un mito*

mulación, sí en su pervivencia hasta fecha reciente. Preocupadas por extender las respectivas áreas de influencia, las dos superpotencias contemplaron el proceso de descolonización como un teatro de operaciones en el que cualquier combinación o alianza con los nuevos gobiernos africanos era aceptable si servía para evitar los avances del campo contrario. Las consecuencias de esta política –insensible a la naturaleza autoritaria de la mayor parte de los regímenes y grupos armados que recibieron apoyo– resultarán devastadoras para las poblaciones africanas, que serán condenadas a padecer desde la fecha misma de la independencia, y en nombre de luchas ideológicas con las que tienen poco o nada que ver, unas formas de ejercer el poder tanto o más despiadadas que las del colonizador. De la misma forma que el nacionalismo y el Estado africanos resultaron espejismos, también elaboraciones teóricas como la democracia y el socialismo a la africana acabarán sirviendo, únicamente, para legitimar la ayuda que Washington o Moscú prestaron a regímenes que no compartían sino pocos o nulos rasgos con los respectivos modelos de sociedad.

El mito de la soberanía política se vio pronto acompañado por otro, tanto o más perjudicial con el paso de los años: el de la perpetua, irredimible y exclusiva responsabilidad del colonialismo en la situación de África. Gracias a este nuevo mito, asumido y aceptado con carácter universal, se considera irrelevante o inoportuno constatar que las condiciones heredadas por los primeros gobiernos independientes eran más favorables que las que éstos legaron a sus sucesores, y que la degradación de la situación económica y social ha llegado a ser la constante con la que se ha saldado hasta hoy la gestión de las élites dirigentes en el África poscolonial.

Hasta que no se acepte sin reservas que la injusticia colonial no justifica las que cometen muchos gobiernos independientes y que, de igual modo, la responsabilidad de los europeos no exime a los africanos de las suyas, África seguirá encontrando dificultades para salir de su postración y su miseria. Una postración y una miseria contra la que –hora es de que se reconozca también– poco o nada ha podido la cooperación al desarrollo, quizá porque se trata, precisamente, de un instrumento concebido y alimentado desde el mito de la exclusiva responsabilidad del colonialismo en la situación de África. Salvo en casos aislados como la ayuda alimentaria o la donación de bienes de equipo, no se ha tenido en cuenta que la cooperación constituye una competencia insoportable para los agentes económicos africanos. La cooperación, como ocurrió con la misión

Las condiciones heredadas por los primeros gobiernos independientes africanos eran más favorables que las que éstos legaron a sus sucesores

civilizadora, también tiene efectos devastadores en las áreas en las que se concentra. Así, cuanto mayores son los esfuerzos de los donantes en ámbitos que se consideran indiscutibles, como el de la sanidad o la educación, más se deterioran los sistemas locales. Y cuanto más se deterioran los sistemas locales, más consideran los donantes que es preciso redoblar sus esfuerzos, desencadenando así una escalada inverosímil a la que hoy no se le adivina el final.

Además, el modo en que se concibe la cooperación, se enmarca en la más genuina tradición colonial de considerar a los africanos como menores de edad. En contraste con los abundantes y merecidos elogios que despierta la labor de tantos jóvenes que acuden a la llamada de la solidaridad, pocas veces se refleja en los medios de comunicación el sentimiento al que se enfrentan los africanos atendidos por ellos. Hombres y mujeres con una vida detrás, con experiencias, saberes y habilidades que sólo se alcanzan con la madurez y con los años. Adultos, en suma, que deben de algún modo fingir no serlo para someterse a los cuidados de muchachos y muchachas recién llegados de sus remotos países, escuchar cuidadosamente sus consejos y hasta seguir fielmente sus indicaciones para salir del marasmo en que se encuentran.

Todo este África virtual, toda esta amalgama de ocultaciones y de silencios, de Estados que no son Estados y naciones que no son naciones, de mitos y propósitos tan virtuosos como temerarios, parece haber empezado a desmoronarse en el curso de la década de los noventa. El final de la guerra fría y el consiguiente desmantelamiento del aberrante tejido de alianzas internacionales, unido al imparable retroceso de la situación económica y social han terminado por dejar paso a la explosiva realidad que se fue gestando sin interrupción durante un siglo. Las escenas de odio y brutalidad no pueden ser comprendidas si no se toman en consideración las consecuencias del paso de ese Atila benevolente en que llegaron a convertirse las potencias coloniales, seguidas puntualmente en esto por los actuales donantes. Gracias a su paradójica acción, los africanos han tardado más de un siglo en poder exigirse sus propias y graves responsabilidades, y cuando lo han hecho por fin ha sido dando curso a todas las frustraciones y rencores acumulados.

Se dice que África puede tardar décadas en recuperarse. La comunidad internacional debe transformar radicalmente la cuantía y la forma de la ayuda. Y el mejor servicio, quizá, que podría realizar en favor de este continente exhausto consistiría en no dejarse arrastrar un drama tras otro por actitudes emocionales, y atreverse de

*La cooperación,
como ocurrió
con la 'misión
civilizadora',
también tiene
efectos
devastadores*

una vez por todas a exigir de los gobiernos africanos lo mismo que se exige de cualquier gobierno de cualquier otro lugar del mundo. Consentir, en definitiva, que los pueblos de África habiten por fin su propia historia y se reinstalen normalmente en la mayoría de edad que les fue usurpada.

Las necesidades de los ricos

Los procesos migratorios se regulan con bastante autonomía, sobre todo cuando se trata de la emigración económica desde el Sur hacia el Norte, que obedece a la demanda de mano de obra no cualificada por parte de los países receptores. En la migración Sur-Norte, el factor determinante no es la miseria del Sur, sino las necesidades de los ricos del Norte. Sin embargo, esta realidad está tan alejada de la percepción que tienen muchos entre nosotros que será necesario insistir durante mucho tiempo: los emigrantes vienen, en primer lugar, porque los llamamos para que contribuyan a resolver nuestras nada imperiosas necesidades, y sólo en segundo término por las urgencias que les acucian en sus países de origen.

Aún así, son muchos los que tienen la sensación de que la inmigración es una realidad ‘asistencial’, que nos cuesta un dinero que no dedicamos a los nacionales. Los datos indican justamente lo contrario: los inmigrantes proporcionan a los servicios asistenciales mucho más dinero del que nos gastamos en atender sus necesidades. Los gastos de la Administración estatal imputables a los inmigrantes en el año 1998 ascienden a 148.000 millones de pesetas –atención a inmigrantes y refugiados, seguridad ciudadana, instituciones penitenciarias, atención sanitaria, educación, desempleo...–. Los gastos podrían ser un 3% mayores, a lo sumo, si incluyeran las expensas de autonomías y municipios ocasionados por ellos. Y los ingresos de la Administración estatal provenientes de los inmigrantes (impuestos y seguros sociales, incluyendo el IAE de las autonomías) en ese año ascienden a la cantidad de 335.000 millones. Es decir, los ingresos menos los gastos nos proporcionaron en el año 1998 unos beneficios de 196.000 millones de pesetas³³.

Un factor fundamental de la inmigración a los países ricos es tan simple como evidente: la gente ya no quiere hacer determinados trabajos. ¿Quién hará esos trabajos? Los nuevos inmigrantes. Somos una sociedad que produce inmigración, que aspira inmigración. ¿Estamos dispuestos a transformar nuestros modos de vida con tal de no fabricar más un sistema que aspire inmigración? Hay determinadas actividades intensivas en trabajo que pueden deslocalizarse, para esas ya no necesitamos la importación de trabajadores

Los emigrantes vienen, en primer lugar, porque los llamamos para que contribuyan a resolver nuestras necesidades

33. Rosa Aparicio Gómez, “El impacto económico de la inmigración: costos para el Estado y movimiento de consumo y salarios”, Ponencia para el II Congreso sobre la Inmigración en España, Madrid, octubre del 2000.

Los inmigrantes proporcionan a los servicios asistenciales mucho más dinero del que nos gastamos en atender sus necesidades

del Sur, pues resulta más eficiente para las empresas exportarlas allí. El problema se plantea en aquellas actividades que, por su propia naturaleza, no pueden deslocalizarse, al menos en el proceso directo de producción, y son intensivas en trabajo, como la construcción, la manufactura, la recolección agrícola, la hostelería, o el servicio doméstico. Es aquí donde empieza a hacerse especialmente angustiosa la escasez de mano de obra. Cada día se oyen más voces desde las organizaciones empresariales que demandan ‘generosidad’ al Gobierno en el reclutamiento de este perfil de trabajadores inmigrantes. Pero no son sólo los empresarios los que defienden este punto de vista: según expertos de la ONU, España precisa un cupo anual de 240.000 inmigrantes, si quiere mantener su actual nivel de vida. Mantenerlo; no elevarlo hasta el nivel medio de la Unión Europea, como pretende conseguir la mayoría de la sociedad. Así pues, la inmigración constituye una necesidad clara de las sociedades receptoras.

Necesidad que resalta cuando se pone de relieve la cuestión demográfica. “Es un hecho que la tasa de fecundidad ha bajado en las últimas décadas en los países que integran la UE: de 2,29 en 1960, a 1,4 en 1999. Ya en 1974 la UE perdió la tasa del 2,1, que asegura el relevo generacional. Para las mismas fechas, España pasó de 2,86 a 1,07 en la actualidad. El índice más bajo, no sólo de la UE sino del mundo. Este descenso de la natalidad es paralelo al que sufre la mortalidad: para el conjunto de la UE, la esperanza de vida en los hombres ha aumentado de los 67 años en 1960, a los 75 en 1999; y para las mujeres, de 73 a 81. En este terreno, España se encuentra exactamente en la media europea para los hombres y un año más en las mujeres. Un buen recorrido, si tenemos en cuenta que a principios de siglo la esperanza de vida entre los españoles no alcanzaba los 40 años y que en el África subsahariana es hoy de apenas 50 años, y puede bajar en los próximos años. La ONU acaba de advertir que, de no cambiar la tendencia, uno de cada tres jóvenes subsaharianos puede acabar muriendo de sida”³⁴.

Una reducción del volumen total de la población europea como el que se espera no tendría por qué representar un problema en sí mismo. El problema se plantea porque la caída en paralelo tanto de la fecundidad como de la mortalidad hará inevitable no sólo la contracción del volumen total de población, sino también su progresivo envejecimiento. En 1960 el porcentaje de mayores de 65 años sobre el total de la población en la UE era del 10,6%, hoy es del 16,4 y en 2050 será del 20%. En España, el 37% de la población

34. Luis V. Abad Márquez, “Globalización, demografía y migraciones”, Ponencia en el II Congreso sobre la Inmigración en España, Madrid, octubre del 2000.

tendría más de 65 años en 2050, mientras que hoy es apenas del 17%. Estos datos ponen de relieve que la Unión Europea necesitará, según Naciones Unidas, 47 millones de inmigrantes de aquí a 2050 para mantener constante nuestro actual volumen total de población. Y para mantener el volumen de población en edad laboral, necesitaríamos casi 80 millones de nuevos inmigrantes. Pero las cifras alcanzan el paroxismo si el objetivo fuera mantener constante la relación entre activos y jubilados: la UE necesitaría, entonces, la escalofriante cifra de ¡700 millones de nuevos inmigrantes! Prácticamente el doble del volumen actual de la población total de los 15 países.

Los inmigrantes no podrán ser la solución a todos nuestros desequilibrios demográficos. Entre otras cosas, porque sabemos que los inmigrantes, a medida que se integran, acaban ajustando sus tasas de fecundidad a la media de los países receptores. Sin embargo, resulta incontestable la necesidad de inmigración de los países de la Unión por razones demográficas y, fundamentalmente, económicas: nuestras pensiones, en particular, y nuestro Estado del bienestar, más en general, necesitan con urgencia las aportaciones de los nuevos inmigrantes en una cantidad sustancialmente más elevada que la que se ha producido hasta la fecha. Así que la cuestión real no es si nuestros criterios humanitarios nos aconsejan recibir a los inmigrantes de los países pobres, sino que nuestras necesidades económicas, el mantenimiento de nuestra riqueza, nos obligan a reclamar que vengan aún en mayor número.

Canarias: entre los turistas y los inmigrantes

Esta realidad se revela en Canarias y, especialmente, en Lanzarote con absoluta claridad. Los inmigrantes han sido reclamados masivamente durante las últimas décadas, y han contribuido de forma decisiva a incrementar la riqueza de la sociedad. Canarias era hace tres décadas una de las comunidades más pobres de este país. Hoy se encuentra en la media de la riqueza nacional, y su crecimiento económico continúa siendo superior al de la media (el desigual reparto de esa riqueza no niega su existencia). El caso de Lanzarote es aún más claro: de ser una de las Islas más pobres de esa comunidad pobre, ha pasado a ser una Isla en la que la riqueza es superior a la media canaria y, por lo tanto, a la española. Sin inmigrantes habría sido imposible. Canarias y Lanzarote han reclamado inmigrantes durante treinta años y los siguen reclamando hoy.

Ahora bien, los problemas que crea la riqueza, la forma en que ésta se ha producido y se mantiene, no son pocos. Pero esos problemas

Es contradictorio resaltar las limitaciones del territorio canario al hablar de inmigración y proponer una utilización masiva de ese territorio para la industria turística

no son, desde luego, achacables a los inmigrantes; es la sociedad canaria y, sobre todo, los sectores con más poder económico, social y político dentro de ella los que han puesto en marcha y han mantenido el modelo de crecimiento turístico que nos ha hecho ricos a la mayoría. Y ese modelo que está en funcionamiento, y que no se pretende cambiar más allá de pequeños retoques, ha producido una crisis de crecimiento, social y ecológica, notable.

Es más, entre esos pequeños retoques que se plantean en el modelo turístico, destaca la pretensión de captar lo que han llamado un ‘turismo de calidad’. Y la forma en que se pretende conseguir esa ‘cualificación’ de nuestros visitantes es la misma que se plantean actualmente todos los destinos turísticos del planeta con los que se trata de competir: campos de golf, puertos deportivos, parques de ocio y turismo rural. Es decir, una fórmula cuya característica fundamental es el brutal consumo de territorio. Es contradictorio resaltar las limitaciones del territorio canario cuando se habla de inmigración y proponer al mismo tiempo una vía de recalificación de la industria turística basada en la utilización masiva de ese territorio que se ha definido como escaso.

El crecimiento que causa los problemas en Canarias, y que constituye nuestra aportación principal a la crisis ecológica global –por las enormes emisiones de efecto invernadero del transporte aéreo–, es el de la industria turística. Los argumentos que ponen el acento en la limitación del territorio insular ante la avalancha migratoria y que defienden, en consecuencia, una Ley de Extranjería para Canarias –que no otra cosa es la llamada Ley de Residencia–, suponen una tergiversación de la realidad o, como mínimo, confundir las causas –el turismo– con las consecuencias –la inmigración–. Para que la sociedad canaria pueda argumentar con dignidad la necesidad de poner límites al asentamiento de nuevos inmigrantes, lo primero que tiene que hacer es dejar de llamarlos. Porque resulta incuestionable que aquéllos que apostamos con claridad por la detención del crecimiento turístico somos una minoría en Canarias; creciente, eso sí, pero minoría. Y una comunidad que trata denodadamente de incrementar la cantidad de turistas que la visitan –doce millones el pasado año– no puede argumentar, a la vez, la imposibilidad de recibir a los nuevos inmigrantes que necesita para construir los hoteles que albergarán a esos turistas y para atender los servicios que éstos demandan.

Los problemas que existen –más o menos, y unos u otros, dependiendo de los puntos de vista– ni son fundamentalmente achacables

Una comunidad que trata de incrementar la cantidad de turistas que la visitan no puede argumentar, a la vez, la imposibilidad de recibir a los nuevos inmigrantes que necesita

a los inmigrantes ni la solución tiene nada que ver con ellos. En Lanzarote se ha llegado a responsabilizar a la inmigración de todo, especialmente de la ineficacia de las Administraciones Públicas, elegidas por los canarios, para resolver los problemas que el crecimiento causa en la educación, la sanidad u otros servicios públicos. Hasta de la crisis de los valores comunitarios tradicionales, eliminados por la riqueza y el usual individualismo que acompaña al capitalismo competitivo, se ha responsabilizado a la inmigración. En Lanzarote, la desaparición de los valores tradicionales habría tenido lugar aunque el crecimiento económico se hubiera producido sin incremento poblacional (lo que hubiera resultado, ciertamente, imposible). Detengase el crecimiento turístico y la realidad canaria se transformará, para bien, en muchos aspectos; uno de ellos será, desde luego, que dejará de ser una de esas sociedades que ‘aspiran’ inmigración, aun cuando ésta no sea una de las consecuencias más preocupantes del desmesurado crecimiento de la industria turística que tiene lugar hoy en Canarias.

Un problema para los países pobres

Se ha hablado mucho de la importancia económica que tienen las transferencias de dinero que realizan los emigrantes a sus familias. Efectivamente, son muy importantes; a nivel mundial constituyen, según datos del FMI, un montante económico mayor que el de la ayuda internacional al desarrollo. Para muchos de los países emisores son la principal fuente de divisas. Es, además, un dinero que no pasa por intermediarios gubernamentales, que llega directamente a las familias, repartiéndose ampliamente entre la población, y que se emplea en paliar sus necesidades básicas, al tiempo que facilita el dinamismo de ciertos sectores económicos vinculados a esas necesidades concretas, como es el de la construcción de viviendas.

Pero esas transferencias económicas pueden constituir también un freno para el desarrollo de una economía más equilibrada, en la medida en que se crea cierta dependencia de las mismas. Es un dinero que apenas se invierte directamente en el desarrollo de sectores productivos, sino que se dirige principalmente al consumo; aunque también es cierto que al estimular el consumo se puede favorecer el desarrollo de la producción en algunos sectores (salvo que el consumo se incline excesivamente hacia los productos importados). Pero suele ser habitual que en poblaciones con excesiva dependencia de las transferencias de los emigrados, se modifiquen las pautas culturales, se cree una ‘cultura de la emigración’, que la convierta en la aspiración de todos los jóvenes, y entorpez-

Las transferencias de dinero que realizan los emigrantes constituyen una cantidad mayor que la ayuda internacional al desarrollo

La ayuda más positiva al desarrollo consiste en permitir a los países del Sur vender sus productos agrícolas en nuestros mercados

ca el desarrollo de proyectos económicos emprendedores dentro del lugar de origen. En definitiva, podemos decir que las remesas de los emigrantes representan una ayuda económica inmediata muy importante, aunque resulta más dudosa su utilidad para colaborar a un mayor desarrollo económico del país.

Donde aparecen los perjuicios más graves que las migraciones comportan para los países emisores es cuando nos referimos a las pérdidas de capital humano. Con las migraciones se produce lo que muchas veces se ha mencionado con la expresión ‘fuga de cerebros’. África ha perdido en las últimas décadas más de un tercio de su personal cualificado en beneficio, principalmente, de Europa; pero no es el único continente en que esto ocurre: entre 1972 y 1985 los cuatro mayores emisores de Asia –India, Filipinas, China y Corea– perdieron más de 145.000 trabajadores con formación científica que fueron a Estados Unidos, y desconocemos los datos de lo ocurrido en Latinoamérica.

En todos los países emisores, los candidatos a la migración son mayoritariamente los jóvenes más emprendedores y con frecuencia los más formados. Para el país receptor resulta muy beneficioso recibir a jóvenes que ya están en edad de trabajar y sobre los que nada se ha invertido en su crecimiento y formación, pero el resultado es dramático para los países pobres que pierden un caudal humano fundamental para su desarrollo. Porque no es sólo la ausencia de dinero lo que frena el desarrollo; el impedimento fundamental es la falta de preparación de la sociedad, cultural y tecnológicamente, la ausencia de conocimientos y la falta de pericia. Dicho de otro modo, la falta de habilidad para usar el dinero.

La deuda de los ricos

Este drenaje de capital humano puede conectarse con el mito de la cooperación para el desarrollo, aunque tan sólo sea porque mientras el Tercer Mundo pierde su capital humano, los técnicos necesarios para instrumentalizar la cooperación son casi siempre occidentales. De todas formas, parece mentira la cantidad de veces que se habla de cooperación y cómo cada día dedicamos menores esfuerzos y capitales a ella. Ese mísero 0,7% del PIB que se declaraba como objetivo ha quedado ya muy atrás. España, en la media de los países ricos, no ha dejado de disminuir su aportación a la ayuda a los países subdesarrollados: hoy la cantidad ha descendido hasta el 0,24%. Además, buena parte de ese dinero se destina, en realidad, a ayudas a la exportación de empresas españolas o, en un porcentaje importante, directamente a exportaciones de armamento.

Y no sólo disminuye la ayuda al desarrollo, sino que, además, continuamos exigiendo la devolución de la 'deuda' de países que no pueden pagarla. La condonación de esa deuda debería constituir el primer paso del reconocimiento de que la única deuda importante es la que los países ricos tenemos con los pobres por la cantidad de recursos que hemos extraído de ellos durante mucho tiempo y la escasa riqueza que ha retornado a cambio. La condonación de la deuda y la exigencia de la inversión del 0,7% del PIB en ayuda a los países pobres debe ser una exigencia de cualquiera que tenga esa mínima consciencia de especie a la que nos hemos referido. Pero una exigencia no debe realizarse exclusivamente ante el Gobierno Central, también el Gobierno de Canarias, los cabildos y los ayuntamientos deben dedicar el 0,7% de sus presupuestos a la inversión en cooperación, en proyectos concretos, asequibles, y cuyo objetivo primordial sea la resolución de problemas graves en los países de nuestro entorno –Mauritania, el Sáhara, Marruecos, Senegal...–, y no pensar siempre que el objetivo es apoyar los negocios del empresariado canario.

La ayuda más positiva al desarrollo consistiría en que el 'libre comercio internacional', del que tanto se habla, se aplicara de verdad en los dos sentidos. Especialmente, permitiendo a los países del Sur vender sus productos agrícolas libremente en nuestros mercados. Medida fundamental para ellos y de escasa relevancia para el conjunto de nuestras economías, puesto que la agricultura representa el 21% del PIB de los países pobres y tan sólo el 2% del de los ricos. En Canarias tenemos experiencias recientes de cómo se aborda esta cuestión: vacíos cánticos sobre la necesidad de que los marroquíes desarrollen su economía y sobre la necesaria cooperación canaria a su desarrollo y, después, negativa rotunda a que puedan competir un poco más libremente con nuestros subvencionados tomates en el mercado europeo.

Resulta imprescindible decir que la cooperación no tiene como objetivo directo reducir la migración. Las políticas migratorias deben instrumentalizarse hoy, mientras que la cooperación sólo a largo plazo puede dar resultados suficientes como para evitar la salida de algunos emigrantes. La relación directa e inmediata entre inmigración y cooperación se utiliza a menudo como excusa para proponer la continuidad del cierre de fronteras. Es decir, unas ayudas al desarrollo que de momento no tienen repercusión alguna sobre la necesidad de migrar, se utilizan como coartada para justificar el cierre de las fronteras. Dicho de otra manera, se intenta

En los campos de El Maresme, en 1997, el precio de la hora de trabajo rondaba las 400 pesetas y la jornada entre 60 y 80 horas semanales

escamotear el debate sobre la inmigración hablando de cooperación para el desarrollo.

La sobreexplotación laboral de los inmigrantes

La desigualdad a la que nos venimos refiriendo alcanza la más cruda explotación en el caso de los inmigrantes. Y es que no se puede ignorar el nexo entre exclusión racial y explotación económica; entre el expolio económico de los países de África, América Latina, etc., y la persecución de los negros, de los pobres, de los sin patria que arriban a las ciudades de la opulencia occidental. La exclusión étnica de los trabajadores se sustenta y explica a partir de una relación de poder previa en la que el polo excluyente –los empresarios– se encuentra con las manos libres para explotar a los inmigrantes. “Aunque los discursos de los agentes económicos españoles no son uniformes, prevalecen diversas combinaciones de nacionalismo proteccionista, racismo cultural e individualismo competitivo que sirven a los empresarios para justificar una mayor explotación de los inmigrantes, y a los compañeros de trabajo para exigir de la Administración una aplicación más estricta de las normas relativas a la preferencia de la mano de obra autóctona. De este modo, a la dinámica de fragmentación del conjunto de los trabajadores se une la ideología de la ‘preferencia nacional’ para favorecer la segregación de los extranjeros y dificultar el establecimiento de vínculos a partir de los cuales construir una recomposición de la identidad de los trabajadores –autóctonos y extranjeros, de distintas ramas y categorías laborales, etc.–. Por último, tampoco en los discursos de los trabajadores de origen extranjero se encuentran suficientes elementos de fuerza que permitan la elaboración de una identidad intercultural capaz de aglutinarlos a fin de acrecentar su poder de negociación frente a sus interlocutores”³⁵.

Esa debilidad organizativa y reivindicativa se explica por el hecho de que “las condiciones laborales de los inmigrantes extracomunitarios se ven directamente influidas por su situación legal. La irregularidad determina tanto el acceso al mercado laboral como las condiciones laborales. Estas personas viven en la indefensión ante quienes les emplean. La economía sumergida es el sector laboral al que van a parar y la explotación el rasgo que los define. Están sometidos a jornadas de más de 12 horas diarias, salarios inferiores que el resto de trabajadores del mismo sector y a contratos de trabajo verbales. La posesión de papeles viene determinada por la inclusión en el sistema de cupos. La agricultura, la construcción y el servicio doméstico, este último en el caso de las mujeres, son los

Los ingresos medios de los inmigrantes en la construcción se situaban en 1998 alrededor de las 75.000 pesetas, aunque un 17% cobraba menos de 30.000.

35. Colectivo Ioé, “Discriminación de los inmigrantes en el trabajo”, Ponencia en el II Congreso sobre la Inmigración en España, Madrid, octubre del 2000.

sectores económicos a los que se ven relegadas estas personas, y la mayoría de los inmigrantes”³⁶.

En el servicio doméstico buena parte de las mujeres inmigradas trabajan como internas, es decir, viven en las casas donde trabajan, y son éstas las que frecuentemente sufren condiciones de explotación extremas, haciendo jornadas de 7:30 a 24:00 horas, aunque sólo cobren lo correspondiente a 8 horas de trabajo, disfrutando únicamente de 2 tardes libres a la semana, etc. Estas mujeres disponen de pocos recursos para enfrentarse a los fuertes abusos a los que a veces son sometidas, ya que en muchos casos no tienen otra vivienda a la que ir si dejan el trabajo y, por otra parte, la pérdida del trabajo puede conllevar la del permiso de residencia.

Respecto del sector agrícola, un informe de Comisiones Obreras dice que “gran parte de los extranjeros que trabajan en este sector están irregulares. No obstante, a muchos de los que están regularizados se les ofrecen condiciones laborales similares. Datos recogidos en El Maresme, en 1997, muestran que el precio por hora de trabajo estaba entre las 350 y las 450 pesetas, la jornada laboral entre 60 y 80 horas semanales, no se dispone, en la mayoría de los casos, de los días reglamentarios de descanso, ni se perciben pagas extras, ni se disfrutan vacaciones”.

En la construcción, cuando hay inmigrantes extranjeros trabajando, también realizan los peores trabajos y en las peores condiciones laborales. Principalmente son contratados por pequeñas empresas a las que las grandes han subcontratado parte del trabajo: sin contrato de trabajo ni seguridad social, con salarios que no superan el salario mínimo (algunos son despedidos sin cobrar sus jornadas y sin posibilidad de denunciarlo), a veces viviendo en chamizos construidos en la misma obra a cambio de un alquiler deducible de su salario. Los ingresos medios, según una encuesta del CIS de 1998, se sitúan entre 50.000 y 100.000 ptas., aunque un 17% de los inmigrantes tienen salarios inferiores a las 30.000 pesetas.

Se está produciendo lo que Wallerstein denomina una ‘etnización del mercado laboral’, que otros autores prefieren llamar ‘segmentación racial del mercado laboral’. Esta segmentación del mercado laboral es la forma que adopta en nuestros días un racismo que casi siempre tuvo como objetivo la formación de una ‘subclase’ para su explotación. “Lo que no siempre se admite y, de hecho, es poco mencionado, es que la subclase forma parte integrante del proceso económico general y, sobre todo, que contribuye al nivel de vida y al desahogo de la comunidad más favorecida. El progreso econó-

Un inmigrante irregular sólo resulta rentable para la voracidad a corto plazo de algunos empresarios...

36. SOS Racismo, *Informe Anual sobre el Racismo en el Estado Español*, 2000.

mico sería mucho más lento sin ella. Y los económicamente afortunados, sin excluir a los que más lamentan que exista esa clase, dependen fuertemente de su presencia”³⁷.

Esta segmentación, y la consiguiente formación de la ‘subclase’, no es un fenómeno nuevo. Una categoría *racial* similar a la de los extranjeros de hoy era la que se adjudicaba a los obreros manuales en el siglo XIX. También ellos eran una categoría peligrosa, que concentraba la delincuencia, el vicio (el alcoholismo) y la suciedad corporal; eran una ‘raza degenerada’ de la que había que protegerse, con la que no había que mezclarse. De ellos se suponía que habían nacido para esas tareas manuales y sucias que no requerían inteligencia alguna; sólo eran aptos para eso, y tampoco los hijos que engendraban podían servir para otra cosa. Las conquistas laborales y sociales, y los cambios que vivieron las sociedades europeas, fueron sacando a esos obreros de tal categoría *racial*, dejando el hueco para que en ella entraran los inmigrantes.

*...para el resto
de la sociedad
es un
trabajador que
no contribuye
con sus
cotizaciones al
fondo común*

Además, esa sobreexplotación que el Estado facilita a unos cuantos empresarios constituye una auténtica irracionalidad económica para el conjunto de la sociedad. Un trabajador discriminado es, para el país de acogida, un recurso en capital humano sin utilizar. En economías como las nuestras, que financian sus gastos sociales fundamentalmente a partir de lo que recaudan de las rentas del trabajo, un inmigrante irregular sólo resulta rentable para la voracidad a corto plazo de algunos empresarios; para el resto de la sociedad es un trabajador que no contribuye con sus cotizaciones al fondo común del que se nutren nuestras necesidades asistenciales. Un recurso infrautilizado porque, como ya se ha puesto de manifiesto, los beneficios económicos aportados por los trabajadores inmigrantes en países como España son muy superiores a sus costes. La integración social y económica de los inmigrantes, que impida su sobreexplotación, no es sólo un asunto de derechos básicos moralmente exigibles, es, desde el punto de vista estrictamente económico, una decisión racional y, por lo tanto, beneficiosa para el conjunto de los ciudadanos.

37. John Kenneth Galbraith,
La cultura de la satisfacción,
Ariel, Barcelona, 1992.